

¿El ocaso del aguante? Reinterpretando la violencia en el fútbol argentino.

Nicolás Cabrera¹³⁶

José Garriga Zucal¹³⁷

Diego Murzi¹³⁸

Resumen

En este artículo analizamos las interpretaciones sobre la violencia en el fútbol en la Argentina a la luz de algunos cambios acontecidos en los últimos diez años. Interpretamos que los pilares que respaldaban estas posiciones se han modificado. Con el objeto de reflexionar sobre estos cambios, presentaremos, primero, una reflexión sobre las conceptualizaciones consolidadas y luego desarrollaremos las principales líneas de interpretación para con el fenómeno violento en el fútbol Argentino. Acto seguido, compararemos estas miradas con el escenario violento contemporáneo modificado por acontecimientos recientes.

Palabras claves: Violencia- Fútbol- Argentina

Summary

In this article, we analyze the interpretations of violence in soccer in Argentina in light of some changes that have occurred in the last ten years. We interpret that the pillars that supported these positions have been modified. In order to reflect on these changes, we will present, first, a reflection on the consolidated conceptualizations and then we will develop the main lines of interpretation for the violent phenomenon in Argentine soccer. Next, we will compare these views with the contemporary violent scenario modified by recent events.

¹³⁶ CONICET/UNSAM-IDAES

¹³⁷ CONICET/UNSAM-IDAES

¹³⁸ UNSAM-IDAES

Keywords: Violence- Soccer- Argentina

Violencia(s) en el fútbol argentino

Desde hace años que analizamos temas vinculados a las violencias en el fútbol, afirmando que comprender las peculiaridades de este fenómeno nos nutre de herramientas para interpretar la Argentina contemporánea. Hemos discutido, debatido y polemizado acerca de las violencias, asociando estas prácticas con otros fenómenos sociales. En ese trayecto hemos descripto y analizado largamente lo que hemos denominado la lógica del aguante interpretando, así, las violencias y sus vínculos con distintas manifestaciones sociales. Nos cabe ahora reinterpretar estas relaciones a la luz de las mutaciones de la Argentina reciente. La provocación que bautiza a este artículo tiene como objeto pensar el ocaso, el fin o la modificación de la lógica del aguante. Nos interesa, entonces, reflexionar sobre la metamorfosis de la violencia; metamorfosis aún en curso. Nuestra reflexión se sostiene argumentalmente con datos contruidos a partir de investigaciones que venimos realizando en los torneos organizados por la Asociación de Fútbol Argentino (AFA).

La violencia en el fútbol es un hecho repetido desde antaño en la Argentina. Muertos, agresiones e incidentes varios pueblan la historia del fútbol. Sin embargo, en la década de los 60 del siglo pasado esa recurrencia toma otro cariz. Archetti (1992) sostenía que el fenómeno del fútbol combinaba elementos trágicos y cómicos; creando un ritual que oscilaba entre lo violento y lo carnavalesco. Golpes, piedrazos, heridos y muertes eran la contrapartida de cánticos, saltos rítmicos y banderas. Los elementos violentos ocuparon desde la década de 1960 un lugar cada vez más protagónico. Archetti sostenía que un cambio ocurrido en el discurso moral masculino produjo este desplazamiento, desde una preponderancia de la faceta cómica a la trágica. Como resultado de este devenir, empiezan a surgir grupos organizados de espectadores vinculados a su participación en hechos de violencia que tiempo después serán denominados como “barras bravas”. En esta misma línea de razonamiento, Amílcar Romero (1986) define como gozne simbólico la muerte de Alberto Linker el 19 de octubre de 1958 en un encuentro entre los

clubes Vélez- River, para caracterizar el comienzo de una era “moderna” de la violencia en el fútbol argentino.

Las barras son los actores rutilantes de esta nueva era. Sin embargo, las múltiples formas de violencia presentes en los estadios de fútbol de la Argentina son imposibles de reducir a su accionar. Numerosos son los actores que tienen prácticas violentas: policías, espectadores que no son partes de las barras, futbolistas, autoridades de los clubes deportivos, etc. Sin dudas las formas violentas de las barras son más visibles y visibilizadas pero no son las únicas.

El primer homicidio en un estadio argentino sucedió el 21 de Octubre de 1922 en la cancha de Tiro Federal, Rosario. Francisco Campá, protesorero de Newell’s y Enrique Battcock, obrero y ex jugador de Tiro Federal, intercambiaron golpes en el entretiempo. Minutos después el primero descargó un balazo letal sobre el segundo. Este dato sirve para desterrar dos mitos del sentido común futbolero. El primero de ellos profesa que la violencia es monopolio de las barras y, el segundo, dicta que la sangre derramada es producto de la progresiva mercantilización del futbol y sus alrededores. La síntesis mitológica se resume en una frase tan escuchada como naturalizada: “la violencia en el fútbol esta originada en los negocios de las barras bravas”. Como punto de partida para un análisis integral precisamos historizar ese cliché generalizado.

El fútbol argentino se profesionaliza oficialmente en 1931 pero algunos autores, como Amilcar Romero, sostienen que su verdadera “modernización” –con su correlativa “mercantilización”– comienza entre fines de la década del cincuenta y, principalmente, durante todos los sesenta. La misma época en la que emergen las llamadas barras, término acuñado por el diario La Razón tras la muerte de Hector Souto en abril de 1967, después de una pelea entre “grupos organizados de hinchas” de Huracán y Racing. Afirmamos entonces, que “los negocios” y las barras pululan a partir de la segunda mitad del siglo XX. Las peleas, los insultos, los aprietes, las invasiones de campo y, hasta los homicidios, ya eran parte del paisaje cotidiano del fútbol Argentino.

Claro está que a partir de la década del sesenta la violencia se potencia. Pero su salto cuantitativo y cualitativo llega de la mano de la reapertura democrática de 1983. Desde la década del ochenta hay un aumento exponencial de víctimas fatales en el marco de la lógica del aguante. Denominamos así a los enfrentamientos acontecidos entre hinchas -sean barras o no- de diferentes equipos y/o contra la policía que se sucedían dentro del estadio o alrededor de ellos y durante los días de partido como principal referencia temporal. Esta etapa iniciada en los '80 es la del aguante. Aquella categoría nativa devenida en concepto analítico por autores como Eduardo Archetti (1992), Pablo Alabarces (2004), José Garriga Zucal (2007), María Verónica Moreira (2005) y Gastón Gil (2007) constituye un principio estructurante ineludible para explicar cómo las prácticas violentas se volvieron en ese período (1980-2010) tan recurrentes como legítimas.

Las lógicas del aguante

Desde mediados de los ochenta y hasta la primera década de este siglo, las acciones violentas se incrementaron y legitimaron a través de la configuración de un entramado material y simbólico propio del campo del fútbol que denominamos lógica del aguante.

El aguante tiene en el mundo del fútbol dos grandes acepciones. Por un lado, puede referirse al fervor y a fidelidad y, por el otro, a la disputa física en enfrentamiento con los rivales donde se exhibe valentía, coraje y sapiencia en técnicas de lucha. La primera de las acepciones suele ser más relevante y recurrente entre espectadores, dirigentes, etc. Florece en repertorios donde abunda la exaltación de la pasión y en prácticas diversas de acompañamiento para con el club por el cuál simpatizan. La otra noción de aguante es más significativa en la conformación de los sentidos de pertenencia de las barras y está siempre articulada con manifestaciones de la violencia. Tanto como práctica violenta o como acción fervorosa, el aguante constituye señales de pertenencia e instituye otredades. En este texto cuando hablamos de la lógica del aguante nos referimos a la segunda dimensión: a las formas violentas del período 1980-2010 .

Entonces cuando hablamos de lógica del aguante nos referimos principalmente a las barras. Estos grupos tienen estructuras organizativas complejas y dinámicas. Las lógicas de organización y funcionamiento dependen de una gran variedad de factores en el que cada caso expone sus especificidades. Esto aún, 2018, no se modificó. Lo que se empezó a modificar es la estructura de las barras y por ende la lógica del aguante.

Nuestros trabajos sostenían que existía -a pesar de sus diferencias- una matriz organizativa común a todas las barras del fútbol argentino y que estaba vinculada a la lógica del aguante (Alabarces, 2004; Garriga, 2007; Moreira, 2005; Gil, 2007; Cabrera, 2013; Czesli, 2013). Estos colectivos estaban organizados en torno a la búsqueda de recursos materiales y al deseo de reconocimiento simbólico obtenido en la participación en enfrentamientos físicos. Las barras aún son organizaciones ávidas de recursos y estos se consiguen en interacciones con otros actores sociales. Insertas en relaciones de intercambios obtienen recursos económicos. En interacciones con políticos, dirigentes de los clubes, jugadores, empresarios, etc, los integrantes de la barra consiguen dinero, trabajo, porcentaje de la venta de jugadores, entradas a los partidos, viajes, etc. Pero entendemos que existe una metamorfosis -aún incipiente- respecto a la segunda particularidad que define a las barras, el deseo de reconocimiento simbólico obtenido en la participación en enfrentamientos físicos. La intervención en hechos violentos poseía desde su lógica una fuerte positividad que les otorgaba respeto y prestigio, los investía como aguantadores. El aguante era para las barras una forma de reconocimiento, concedido por pares y ajenos, a las capacidades violentas; una señal de honor y hombría. El aguante era un bien simbólico de suma relevancia. Lo relevante es que la legitimidad del aguante -vinculado a la violencia- superaba ampliamente los límites de las barras . La tolerancia -relativa- para con las violencias insertas en la lógica del aguante caracterizó a este período.

Decíamos en nuestras interpretaciones de antaño que desde los inicios del fútbol existieron hechos de violencia, lo novedoso de la lógica del aguante fue la legitimidad de estas acciones. El aguante como concepción que validó agresiones

varias fue un fenómeno relativamente nuevo: germinó en los '80 y conquistó el escenario futbolístico en los '90. Nuestra interpretación del fenómeno violento sostenía que – para el período 1980-2010- la evolución de esta validez estaba vinculada a los cambios en nuestra sociedad, al fin de la sociedad salarial y al debilitamiento del Estado. Indicábamos que siempre existieron grupalidades construidas por fuera de los valores convencionales, tomando, alguna de ellas, la violencia como diacrítico. Sin embargo, estas pertenencias eran desacreditadas, deslegitimadas, ocultadas y usadas solo por unos pocos en contextos reducidos. A modo de ejemplo, el guapo tanguero, exponente de estas formas, perdía validez fuera del arrabal. La lógica del aguante, imposible de ser reducida a la marginalidad económica y social, suponía una novedad que era interpretada al calor de las identidades e interacciones propias de la sociabilidad pos salarial. Sosteníamos interpretando la lógica del aguante que las identidades antaño legítimas, abandonadas, abrían paso a la validez de la violencia. Archetti (2003) argumentaba la existencia de zonas libres donde la construcción de las identidades transitaba caminos creativos y nos institucionales. El Estado y las “máquinas culturales” hegemónicas perdían en estas zonas libres su influencia como constructores identitarios. Nuestra tesis se sustentaba en este diagnóstico: el debilitamiento del Estado en la sociedad pos salarial acrecentó el tamaño de las zonas libres capaces de influir en actores de diferentes sectores sociales. Estas identidades prosperaron, aumentando su eficacia, en un escenario sociocultural dominado por la devaluación de las credenciales sociales antes legítimas. La educación y el trabajo ya no ordenan el mundo social como antaño (Swampa 2000 y Kessler 2004) y su desvalorización creó las condiciones para la legitimidad de las prácticas violentas. El trabajo, la educación, la militancia política, entre otras actividades, generaban redes de pertenencia que integraban a los actores sociales y llenaban los vacíos identitarios. Estas tramas, sin desaparecer, perdieron en la sociedad pos salarial su densidad y dejaron al descubierto un vacío cubierto por la barra, entre otras comunidades. La atracción que esta red de pertenencia ejerce se distribuye de forma diferencial por el entramado social. Entendíamos que las barras eran atractivas para saciar los deseos de pertenencia. Este argumento permitía una

interpretación de la lógica del aguante para el período 1980-2010; ahora nos cabe pensar qué sucedió en estos últimos años.

¿El ocaso de la lógica del aguante?

Las formas de la violencia en el fútbol están atravesando en la Argentina una etapa de transformaciones. Queremos aquí señalar tres alteraciones que modificaron las prácticas de las barras y por desplazamiento, también mutaron las lógicas del aguante. Abordar estas tres cuestiones nos permitirán acercarnos a una peliaguda pregunta: ¿Sigue existiendo la lógica del aguante?

Nuevas rivalidades. Entre la mayoría de las barras de los diferentes equipos las viejas rivalidades o se esfuman o se ponen entre paréntesis al mismo tiempo que se incrementan las peleas internas. Dos hechos fomentaron este cambio.

Primero. En el 2009 barras de varios clubes argentinos crearon una organización no gubernamental: Hinchadas Unidas Argentina (HUA). Aquella organización significó un acuerdo explícito entre la mayoría de las barras argentinas para unirse bajo un paraguas común. Buena parte de la prensa, como de costumbre, simplificó la movida a un mero oportunismo económico –viajar al mundial de Sudáfrica 2010– o político –el aparato peronista/kirchnerista y sus relaciones clientelares– sin comprender que se estaba gestando un pacto de significativas consecuencias. Entre otras cosas, la novedad estaba en que las propias barras se comprometían a mantener la paz y la seguridad dentro de los estadios (no robar, no pelear). Lo que pasaba afuera de ellos no venía al caso. Sin embargo, la experiencia terminó trágicamente con un hincha muerto fruto de una discusión interna. En el 2014, en otro contexto mundialista, se intentó revitalizar la iniciativa sin suerte. Más allá de las alianzas inestables la trama de rivalidades violentas se modificó y, por ende, las lógicas de interacción también.

Segundo. En el fútbol de ascenso desde el 2007, y en la primera división desde el 2013, en Argentina se impidió al público visitante de un plumazo. Entre los efectos de la normativa notamos una modificación de las relaciones entre barras. Se volvieron imprescindibles relaciones antaño vedadas para que la barra asista de

visitante. Entre asados y vinos los viejos enemigos se estrechaban la mano para poder seguir a su equipo. Ahora bien, sabemos que el fútbol es una máquina de crear alteridades. Mientras las viejas oposiciones desaparecían o se complejizaban, otras nuevas se construían. Sin público visitante la alteridad ante quien medir el aguante son los miembros de la propia barra. Se sostenía que la ausencia de espectadores de los equipos rivales desactivaría la conflictividad y esto no aconteció totalmente. Sin embargo, transformó, sin dudas, la lógica del aguante. Los viejos enemigos ya no lo eran y se magnificaron las luchas intestinas.

Profesionalización. Las barras nunca fueron grupos improvisadas. Las formas que ordenan la estructura interna de una barra y sus formas de relacionarse con sus “afueras” son dinámicas y cambiantes. En los últimos años mutaron varias de sus formas: la carnavalización de la tribuna, sus redes de reciprocidades económico-políticas y sus enfrentamientos internos. Debemos mencionar, primero, la relevancia que ganó en los últimos tiempos el fervor y la festividad entre las barras. Respecto a las redes de relaciones para con políticos y dirigentes de los clubes cabe decir que se han modificado, sin desaparecer. La visibilidad que antaño tenían estos vínculos – a modo de ejemplo, asados compartidos entre “barras” y dirigentes- cada vez quedan más velados. Y en relación a los enfrentamientos internos, no podemos decir que hay más o menos violencia que antes, lo que sí podemos afirmar es que aumentó considerablemente la letalidad de la misma por el progresivo uso de armas de fuego.

En un trabajo anterior (Cabrera y Garriga 2013) hemos polemizando con los investigadores que sostienen que las barras se organizan a partir de la búsqueda de recursos (Saín y Rodríguez Games, 2014 y D’ Angelo, 2011). En ese trabajo señalábamos que los recursos materiales buscados y encontrados por las barras no son la particularidad que los define. Sosteníamos que la particularidad que los definía era la lógica del aguante. Saín y Rodríguez Games sostienen que “las barras bravas constituyen organizaciones criminales que, bajo la fachada de simpatizar con determinado club de fútbol y de “seguir al equipo a todas partes en las buenas y en las malas”, poseen una capacidad extractiva en torno a los

negocios legales e ilegales que generan los espectáculos futbolísticos, y en ese marco, a su vez han generado destrezas –generalmente asociadas con el uso de la fuerza y la comisión de delitos– para brindar bienes y servicios a otros actores que integran el escenario descrito (dirigentes, políticos, periodistas, espectadores, turistas, otras organizaciones) (2014: 236)”. Sostuvimos, y seguimos sosteniendo, que las barras son organizaciones que están ávidos de recursos y estos recursos los consiguen en las interacciones con otros actores sociales. Sería un error pensar que los deseos de pertenencia pasan sólo por esta dimensión olvidando el prestigio y la reputación. Ser miembros de estos grupos, ser reconocidos por sus pares y ajenos como violentos es un signo de honor y prestigio. Ahora bien, la lógica del aguante daba cuenta de dos caras de una misma moneda que convivían en las barras: la búsqueda de prestigio y la de recursos. Cabe resaltar que estas dos dimensiones no han desaparecido, pero en algunas barras, no en todas ni nunca de la misma manera, la búsqueda de recursos materiales se convirtió en el resorte principal de su acción, relegando a un segundo plano la búsqueda de prestigio como aguantadores. Así, algunas barras son -en relación con la policía y con la dirigencia de los clubes- aceitados engranajes de un mercado ilegal. Sabemos que para el funcionamiento de los mercados, sean formales, informales e incluso ilegales, no es funcional la existencia permanente de violencia a su alrededor. Para que un mercado funcione debe reinar un orden. Y la barra garantiza orden. Un orden paralelo, alternativo, clandestino, pero un orden al fin. La regulación de la violencia da el orden que necesita el mercado. Cuando la violencia está regulada de esta manera poco queda de la lógica del aguante que se agitaba agonísticamente

Mutación de los espacios violentos. Una de las particularidades de estos últimos años es la disminución de hechos violentos en los estadios. Pacificación que esconde un dato relevante: hasta el 2017 el número de víctimas fatales no se modificó. Creemos que parte de lo ocurrido se explica –como ya lo argumentaron Diego Murzi, Santiago Uliana y Sebastian Sustas (2011)– por un desplazamiento espacio-temporal de los enfrentamientos. En la lógica del aguante se priorizaba la exhibición de la violencia y, por el contrario, actualmente acontece algo diferente

que podríamos llamar privatización de la violencia (Cabrera, 2015). Las peleas ya no tienen a los estadios y a los partidos como principal escenario. Ahora las riñas se desenvuelven principalmente “detrás de bastidores”: bares, plazas, bailes, recitales, barrios o clubes escenifican postales donde se mata y se muere en nombre de la pasión . Y no necesariamente durante los días de partido. Lo cierto es que los estadios y los partidos han sido descentrados como ring predilecto. Y además este desplazamiento espacio-temporal coincidió con una mutación de los protagonistas de los enfrentamientos: actualmente las peleas son mayoritariamente entre hinchas del mismo equipo. La lógica del aguante tenía un régimen de visibilidad, había que mostrarlo para poseerlo. Ahora, cada vez más invisible se modificó la dinámica de exhibición y, por ende, muta un régimen de relaciones.

Estas modificaciones se dieron entre otras razones por la tecnologización de la seguridad en los estadios. Hoy los principales estadios del país combinan el rígido modelo de vigilancia perpetua y omnipresente de las cámaras panópticas, con los flexibles dispositivos contemporáneos de exposición pública materializados en celulares siempre ávidos de redes sociales. En ambos casos “la cámara” genera un contexto de híper exhibición que parece disuadir las manifestaciones violenta. Si antes la violencia era espectacularizable ahora ella debe ser parte del backstage. El intento fallido de aplicar un sistema de acceso biométrico para que los hinchas sean identificados al ingresar a los estadios –programa conocido como AFAPLUS– es una muestra más de aquella hipertecnologización a la que referimos. Y, sin dudas, este avance tecnológico contribuyó a modificar los umbrales de tolerancia a la violencia.

Además, advertimos en ese mismo camino – modificación de los umbrales de tolerancia para con la violencia- un lento pero sostenido proceso de modificación del perfil del público en los estadios. El incesante encarecimiento de las entradas produce un paulatino proceso de gentrificación del fútbol. Proceso que no aleja a las barras pero que renueva el perfil de los espectadores sumando actores predispuestos a deslegitimar la lógica del aguante.

Decíamos que la violencia pasó a bastidores, invisibilizándose. Ahora bien, este desplazamiento puede ser analizado de dos formas disimiles, aunque complementarias. Por un lado, podríamos sostener que el aguante como capacidad de las barras es un repertorio capitalizado y, por tanto, pueden no exhibirlo ya que nadie duda de su posesión. Por otro lado, podríamos afirmar que la centralidad de la lógica del aguante pierde protagonismo ante el crecimiento de otros repertorios que iluminan la multiplicidad de caras de la barra. La producción de festividad y carnaval, la obtención de recursos, la capacidad para dirimir conflictos sin violencia y los contactos con los resortes del poder son recursos cada vez más relevantes en el ordenamiento interno de los grupos. La relevancia de estos recursos antes secundarios conlleva a la invisibilidad de la violencia. Creemos que en la articulación de ambas interpretaciones, tarea imposible de ampliar en estas páginas, encontraremos las pistas necesarias para interpretar el desplazamiento a bastidores de la violencia. Podemos aquí afirmar que la invisibilidad de la violencia es un fuerte cimbronazo para con la lógica del aguante.

Conclusiones

Nos interesa a modo de cierre – abierto e inacabado- mencionar dos cuestiones que permiten reflexionar sobre la lógica del aguante y acercarnos sin responder al interrogante que titula este texto.

Primero. Antes de finalizar proponemos reflexionar sobre un eje oculto e invisible: el placer de la violencia. Nuestras investigaciones sobre la lógica del aguante opacaran sistemáticamente las reflexiones sobre el placer. Desde hace ya unos años, Cabrera (2015) insiste en incluir el placer como dimensión analítica. Inclusión que modificaría varias de las variables de nuestro análisis. Cuando hablábamos de lógicas del aguante pensábamos a la violencia como un medio para hacerse de recursos materiales o simbólicos. Por el contrario, ahora entendemos que las formas de la violencia tenían y tienen otra dimensión vinculada al entretenimiento que la convierte en un fin en sí misma. En numerosos trabajos interpretamos a las violencias como un recurso (Garriga Zucal 2016), ya que las prácticas violentas eran recursos de acción legítimos en diferentes esquemas de

acción y de evaluación del mundo. La violencia era, así, interpretada como recurso legítimo en el marco de un mundo relacional, que se usaba para alcanzar ciertos fines. Desde el inicio de nuestras investigaciones primó el interés de dar cuenta de las razones de la violencia. Discutiendo con aquellos que interpretaban la violencia como muestra de salvajismo o barbarie deseábamos mostrar los sentidos, lógicas y significados que quedan reducidos a nada para estas interpretaciones. Al priorizar el debate respecto al sinsentido de las violencias sobrevaloramos las lógicas racionales, la noción de recurso, y olvidamos u ocultamos el placer. El goce vinculado a la violencia era un débil argumento para batallar la representación de salvajismo. La noción de recurso asociaba las prácticas violentas con la racionalidad y, por ello, tenía la capacidad de incluir en un mundo de los civilizados/modernos/pensantes a los que cometían estos actos.

Definir la violencia como un recurso implicó no darle significativa relevancia a la perspectiva nativa, en cuanto no se daban importancia a los sentidos que los actores decían motivar sus acciones. En el trabajo etnográfico en variadas oportunidades surgió el goce, la diversión y el placer de la violencia sin que les prestáramos mucha de cuidado. Influenciados por la teórica de la sociología crítica, entendíamos que la tarea del investigador era descubrir qué había detrás de la ilusión de los actores. Desde ese punto de partida el placer/goce/entretenimiento era una lógica irreflexiva que ocultaban otras razones más significativas. Así edificamos la lógica del aguante. Cabe, entonces, en este anteúltimo punto repensar cuánto de la lógica del aguante fue resultado de una teoría de interpretación de la violencia.

Segundo. Volvamos hacia afirmaciones que guiaron nuestros trabajos y que presentamos en páginas anteriores. Nuestra tesis fue que la barra ocupó los lugares vacíos dejados/abandonados por las instituciones formales en la sociedad pos-salarial. Siguiendo a Kessler (2014) y su diagnóstico sobre la Argentina contemporánea podemos afirmar que en los últimos años existió un fortalecimiento del Estado en varias de sus dimensiones, un tenue recalentamiento del mundo del trabajo y una mejora –relativa- de los índices de calidad de vida. Sin embargo, las

barras no redujeron su eficacia para convocar e interpelar identitariamente. ¿Qué pasó? Esto nos lleva a pensar que existe una autonomía relativa que impide pensar en relaciones deterministas y que exige una mayor comprensión de los universos internos de una institución social que parece haber llegado para quedarse: las barras. Estas crecieron, en número, recursos y nivel de penetración en otras esferas de la vida social, durante la última dictadura, en la reapertura democrática, en pleno neoliberalismo y durante todo el período de la post-convertibilidad, una continuidad en un mundo cambiante. Así mismo, en la vida social argentina el fútbol nunca perdió centralidad en tanto principio estructurador de la socialidad; por el contrario, su peso económico, cultural, político y mediático estuvo en alza. Eso, por defecto, podría alimentar un paralelo crecimiento de las barras en tanto actor fundamental del ethos futbolístico nacional. Piénsese, por ejemplo, en cuanto contribuye “la pasión”, “el color”, “la fiesta” y la “fidelidad” que las barras aportan al imaginario mitológico del nuestro fútbol local.

Además, paradójicamente, la medida más importante tomada por el Estado en la última década en pos de bajar los índices de violencia en los estadios, colabora a vigorizar y solidificar la posición de las barras. Nos referimos a la prohibición del público visitante. Nuestra hipótesis sugiere que, frente a la presencia real de una barra rival en el espacio del estadio, la barra desplegabá en cada partido elementos de la dimensión de la lógica del aguante para confrontar con ese rival. La protección del territorio, de las banderas, el honor, entre otras cosas, eran activos que se resguardaban a través del uso de la violencia. Las barras construían su reputación en esas confrontaciones. Con la prohibición del público visitante y la ausencia de las barras rivales del espacio del estadio se elimina la necesidad de reafirmación permanente de posesión de aguante. Transforma, entonces, la lógica del aguante, ya que la competencia aguantadora quedó relegada ante los negocios y la fiesta.

No podemos responder a la pregunta que titula este trabajo, pero alertamos un cambio de época. La periodización, arbitraria, que hemos aquí desarrollado señala el reino de la lógica del aguante para los treinta años que van desde 1980

hasta el 2010. Los treinta años donde primó -en relación con la violencia -el enfrentamiento entre barras y la búsqueda del aguante como bien simbólico. En los esos años las barras y la legitimidad -siempre relativa- del aguante edificaron una configuración de la violencia: la lógica del aguante. Esta configuración está en etapa de mutación. Las barras siguen existiendo, no son lo mismo que antaño, y por ello la lógica del aguante está cambiando. Además, la lógica del aguante mutó por la modificación de los umbrales de tolerancia para con la violencia en el fútbol. La lógica del aguante tenía una legitimidad que superaba a las barras y que se fue deslegitimando. Nos queda saber si esta metamorfosis será su ocaso o sólo en un reordenamiento temporal.

Bibliografía

- ALABARCES, Pablo. 2004. Crónica del aguante. Fútbol, violencia y política. Capital Intelectual; Buenos Aires.
- ARCHETTI, Eduardo. 1992. “¿Calcio: un ritual di violenza?”. En LANFRANCHI, P (ed.): Il calcio e il suo pubblico. Edizione Scientifiche Italiane, Nápoles.
- ARCHETTI, Eduardo. 2003. Masculinidades. Fútbol, tango y polo en la Argentina. Antropofagia; Buenos Aires.
- CABRERA, Nicolas. 2015. “La metamorfosis de la violencia: viejos y nuevos interrogantes para el escenario actual del fútbol argentino”. XI RAM: Reunión de antropología del Mercosur, Universidad de la República, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (UDELAR), Montevideo, Uruguay.
- CABRERA, Nicolás. 2013. “De corporalidades masculinas, aguantadoras y populares. Violencia, identidad y poder en la hinchada del Club Atlético Belgrano”. En GARRIGA ZUCAL, José (org.) Violencia en el fútbol. investigaciones sociales y fracasos políticos. Ediciones Godot; Buenos Aires.
- CABRERA, Nicolas y GARRIGA ZUCAL, José. 2014. Aguante y transgresión: organización y lazos sociales en las barras bravas del fútbol argentino. II

Seminario Internacional sobre Historia de la Violencia en América Latina siglo XIX y XX. Córdoba.

CSEZLI, Federico. 2013. "Apuntes sobre la identidad en la hinchada de Platense". En GARRIGA ZUCAL, José (org.) Violencia en el fútbol. investigaciones sociales y fracasos políticos. Ediciones Godot; Buenos Aires.

D'ANGELO, Natalia. 2011. "La nueva conflictividad de las barras bravas en Argentina: una lectura a la luz de la teoría de redes". Revista de investigación social, VIII (13): 55-75.

ELÍAS, Norbert. 1993. El proceso de civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas. Fondo de Cultura Económica; Buenos Aires.

GARRIGA ZUCAL, José. 2007. Haciendo amigos a las piñas. Violencia y redes sociales de una hinchada de fútbol. Prometeo; Buenos Aires.

GARRIGA ZUCAL, José. 2016. El inadmisibles encanto de la violencia: policías y "barras" en una comparación antropológica. Cazador; Buenos Aires.

GIL, Gastón. 2007. Hinchas en tránsito. Violencia, memoria e identidad en una hinchada de un club del interior. Eudem; Mar del Plata.

KESSLER, Gabriel. 2004. Sociología del delito amateur. Paidós; Buenos Aires.

KESSLER, Gabriel. 2014. Controversias sobre la desigualdad. Argentina, 2003-2013. Fondo de Cultura Económica; Buenos Aires.

MOREIRA, María Verónica. 2005. "Trofeos de guerra y hombres de honor". En ALBARCES, P. (ed.). Hinchadas. Prometeo; Buenos Aires.

MURZI, Diego, ULIANA, Santiago y SUSTAS, Sebastián. 2011. "El fútbol del luto. Análisis de los factores de muerte y violencia en el fútbol argentino". En GODIO, Matías y ULIANA, Santiago (eds.) Fútbol y Sociedad. Prácticas locales e imaginarios globales. Eduntref; Buenos Aires.

RICHES, David. 1988. El fenómeno de la violencia. Pirámide; Madrid.

- ROMERO, Amilcar, 1984. Muerte en la cancha, 1958-1985. Buenos Aires: Nueva América.
- SAÍN, Marcelo y RODRÍGUEZ GAMES, Nicolás. 2014. “Los actores y la seguridad en el fútbol. Una lectura desde Argentina”. En CARRIÓN MENA, Fernando y RODRIGUEZ María José (eds.). Luchas urbanas alrededor del fútbol. Café de las Ciudades; Buenos Aires.
- SPIERENBURG, Pieter.1998. “Violencia, castigo, el cuerpo y el honor: una reevaluación”. En WEILER, Vera (Ed.) Figuraciones en proceso. Universidad Nacional de Colombia; Bogotá.
- SVAMPA, Maristella. 2000. Desde abajo. La transformación de las identidades sociales. Biblos; Buenos Aires.